

Antón, Jacinto, *Pilotos, caimanes y otras aventuras extraordinarias*, RBA, 351 páginas, Barcelona 2009.

Desde que apareció el libro, su autor no ha parado de recibir encendidas declaraciones de amor, por ejemplo, Llätzer Moix y Joan de Sagarra (*La Vanguardia, Culturas*); Teresa Cendrós (*El Periódico*); Antonio G. Iturbe (*Qué leer*), Agustí Fancelli (*El País*), Xavier Rius (*E-notícies*). Ésta va a ser una más. Eso sí, no la más ilustre y algo distinta, aunque sólo sea por el escenario que la acoge, una publicación científica de arqueología, y las reflexiones finales que la acompañan.

Jacinto Antón (Barcelona 1957) no es un periodista al uso, le pasan cosas increíbles o las vive y explica como tales maravillosamente desde hace 25 años en la edición catalana de *El País*. En palabras de Joan de Sagarra es un tipo raro y “más aún en las redacciones de los periódicos que parecen tanatorios”, especializado, esta vez es Jacinto quien lo afirma, en “esa rama del Nuevo Periodismo que constituyen los viejos pilotos húngaros”. Crónicas, artículos, entrevistas que buscan trascender la banalidad, la vulgaridad, la trivialidad, el aburrimiento que nos amenaza continuamente, descubrir en la cotidianidad el brillo dorado de esas grandes experiencias que configuran los relatos de aventuras. “No imagino vivir en un mundo en el que no se pueda dar esa alquimia” confiesa. Por mi parte, no me atrevo a afirmar que los artículos serán inmortales como dice su colega Enric González, pero sí sé que son una gozada, auténticas pequeñas obras de arte.

A través de sus crónicas desfila una fauna animal y humana increíblemente variopinta, arropada por una cultura imposible que atesora conocimientos insólitos en los aún más insólitos campos de su interés: pawnees, tacariguas, apaches, bóers, dayacs, oglalas, acarís, gurjas, semínolas, nazis, húsares alados, lanceros de Bengala, hámsters, gatos, conejos, focas, tigres, leones, camellos, dragones de Komodo, serpientes, caimanes, vampiros, cobayas, patos, gorilas, somormujos, tiburones, petirrojos, orangutanes, mamuts y un casi infinito etcétera. Ni una sola tiene desperdicio, en ésta nos descubre que Armand Basi, el diseñador de moda y empresario textil, hombre de Lacoste en España, es un cazador de cocodrilos gigantes devoradores de hombres; en aquella nos explica que el príncipe hindú domador de cocodrilos Kharak-Khawak, en realidad Anton Kotcka, húngaro domador de leones, compraba la carne en la carnicería del padre de Puskas, el goleador pre-galáctico del Real Madrid.

Mitómano y fetichista, es capaz de introducirse en la mesa de Patrick O'Brian, de perseguir obsesivamente personajes como el conde Almásy hasta dormir en el castillo familiar, de declarar su referente profesional a Mark Kellog, redactor del *Bismarck Tribune* que obtuvo la exclusiva y acompañó a Custer en Little Big Horn aunque “no llegó a pasar la nota de gastos” o Thord Heyerdahl “el de la balsa de troncos primordial que todos hemos soñado”. Su sentido épico y su romanticismo le permiten declararse admirador de un general alemán (Rommel, el

zorro del desierto), de un coronel de comandos de las SS que rescató a Mussolini (Otto Skorzeny), de un aristócrata depredador con 80 derribos (Manfred von Richthofen, el Barón Rojo) o de un capitán de submarinos alemanes, todo un caballero con 195 hundimientos (Lothar Arnauld de la Periere, ¡tres de ellos con el mismo torpedo!), o pasearse por todos los campos de batalla habidos y por haber, sentir pasión por aviones de combate y submarinos, por húsares, highlanders o lanceros bengalíes, o demostrar sospechosas inclinaciones hacia el boxeo, y todo ello sin ser considerado fascista, militarista, machista o simplemente salvaje.

Antón es capaz de convertir el Matagalls (“al que acceden octogenarios cojos silbando”) en su particular Everest trasmutado en George Mallory, de revivir en la playa de Comarruga las ardientes arenas del Sahara oriental, de pasar horas junto a la pista del Real Aeroclub de Aeromodelismo de Montjuïc soñando en románticas caídas aéreas sobre las dunas o de volar sobre el desierto libio contemplando con unos prismáticos desde lo alto de una escalera un viejo mapa desplegado en el suelo. El sentido del humor autoperódico, cínico-zumbón con sus personajes y consigo mismo, pone un punto de distancia, y corrige cualquier exceso dulzón o cursi, manteniendo el pulso romántico. Sueña las aventuras de sus héroes en los lugares más inimaginables, pero los momentos más hilarantes, sus pequeñas hazañas personales, ocurren en el túnel de lavado, en la azotea de su casa, en la tienda de Mister Guau, en los bosques del Montseny o en el submarino del Museo de la Ciencia varado en la Ronda de Dalt y se convierte en antihéroe al contraponer a la fuerza vital de sus personajes sus propias torpezas y sus miedos al mar, a la altura, a los ascensores, a los telesilla y considerarse, en la mejor de las versiones, el más valiente de los cobardes. “Me apasionan los submarinos. Combinan las dos cosas que más miedo me dan: el mar y los ascensores.” Suscribo totalmente la recomendación de no recuerdo quien: los lectores deben abstenerse en el metro o el autobús salvo que quieran verse sorprendidos riendo a carcajadas entre desconocidos.

En general, Antón despierta complicidad, aunque en ocasiones, su estilo desenfadado y ese entusiasmo creativo que le lleva a apoderarse del personaje, caso de la entrevista a Eduardo Strauch, superviviente del famoso accidente en los Andes, provoquen airadas reacciones entre los lectores (*El País, Almuerzo con...* 25/06/08). La verdad es que recrea la realidad literariamente hasta hacerla tan suya, que ni los personajes se reconocen y hasta se le cabrean de vez en cuando, como Patrick O'Brian, el gran autor de novelas sobre la marina inglesa en las guerras napoleónicas, o Matías Ensenyat, el capitán del buque de Transmediterránea Ciudad de Salamanca que tuvo que vérselas con un intento de suicidio en plena travesía y a quien no tengo el gusto de conocer pese a haber navegado frecuentemente en sus manos hacia Menorca. No me cabe ninguna duda de que uno de los secretos de su éxito es saber ver y explicar la épica escondida en los asuntos cotidianos, convirtiéndola en experiencia compartida, demostrando que “cosas fantásticas nos pasan a todos” y haciéndonos recordar que también

martirizamos una cría de vencejo alimentándola con papilla de ternera masticada, intentamos matar un pollo con una pistola de balines o lo mucho que lloramos el día que se murió el conejo, aunque reconozco que nunca le he practicado una cesárea a una salamandra.

Sus crónicas sobre *El paciente inglés* (Anthony Minghella 1996) me hicieron creer en las almas gemelas. Hasta tal punto me sentí igualmente atrapado por la historia de Lázlo Almásy (Ralph Fiennes) y Catherine (Kristin Scott-Thomas). Todas aquellas personas que sintieron algo parecido pueden estar tranquilas: Almásy, el piloto aventurero, amante del desierto y agente doble de alemanes e ingleses, aparece en 14 de las 84 crónicas recogidas en *Pilotos, caimanes y otras aventuras extraordinarias* (por cierto, no en 13 como se desprende del índice onomástico).

Algunas cosas nos separan: no padezco alergias primaverales, no esquío, no practico la esgrima... Tengo una semirrigida, lo mío es la pesca submarina y soy culé, mientras que Jacinto tiene pavor al mar y presume de haber asistido a una conferencia sobre apaches a la misma hora que el Barça se enfrentaba a la Roma. Yo, aunque reconozco que me atraen más los oglalas de Kevin Kostner que los apaches de Ulzana/Burt Lancaster i Robert Aldrich, aquel día tuve la suerte de no enterarme de la conferencia y no se me planteó el dilema. Una pena, no ha escrito la crónica esperada sobre Chris McCandless, cuya aventura y muerte en 1992 en Alaska relató Jon Krakauer (*Hacia rutas salvajes*, Punto de Lectura 2001), llevó a la pantalla con el mismo título Sean Penn (2007) y se ha proyectado durante un año entero en la sesión golfa de los cines Icaria de Barcelona. Pero bueno, olvidemos esos pequeños desencuentros: también hice mis pinitos de rugby en La Fuxarda y, por coincidir, hasta le interesa el boxeo, aunque no tanto como a mí a su amigo Joan de Sagarra, a juzgar por el sórdido recuerdo que recoge en *Sombra* de su experiencia en el gimnasio Experimental en el barrio de Sants, donde acudió, como diez años más tarde haría Loïc Wacquant, discípulo de Pierre Bordieu, en el gueto negro de Chicago (Edicions de 1984, 2004), en busca de una aproximación sociológica, etnográfica, literaria y carnal al mundo del boxeo. Que raro que no haya escrito —que yo sepa al menos— sobre Arthur Cravan o Muhammad Alí, porque lo suyo es escribir sobre poetas que se enfrentan al campeón del mundo de los pesados o personajes capaces de soltar: “Es sólo trabajo. La hierba crece. Los pájaros vuelan. Las olas lamen la arena. Yo pego a la gente”. Qué le vamos a hacer, si Jacinto no lo ha hecho, ahí están *Cravan vs Cravan* (Isaki Lacuesta 2002) y *When We Were Kings* (Leon Gast 1996) para compensar. Confieso que me quedé muy preocupado después de leer *Guns and crochets*, su crónica sobre la mesa redonda que abrió la Semana Negra de Barcelona dedicada a literatura y boxeo (*El País*, 2/02/09), sabiendo como las gasta el Libro de estilo de su periódico con el noble arte. *Mi vida como sioux*, escrita hace 20 años e inédita hasta ahora, pudo haber puesto en peligro su carrera y no fue publicada por consejo de unos amigos, que en esta ocasión parecen haberle abandonado o, simplemente, no han podido con él. El caso es que

algún talibán bienpensante no le haga besar la lona por tamaña indisciplina, aunque, para ser del todo justos, hay que reconocer un resquicio en el tratamiento inquisitorial del boxeo por parte de *El País*: la evocación literaria, como fue el caso de la atención recibida por el libro de Joaquim Roglan sobre Josep Gironès (Angle Editorial 2007).

Si alguien me ha seguido hasta aquí, que en estas páginas forzosamente ha de ser un arqueólogo sorprendido, quizás encontrará a partir de ahora cierta explicación a mi desahogo. En realidad, la arqueología, el mundo antiguo y sus personajes tienen muy escasa presencia en *Pilotos, caimanes...* En dos únicas narraciones, *La bendición de la momia* y *La senda de los mamuts*, la egiptología y la prehistoria más que de protagonistas ejercen como marco de las historias y tanto es así que en la visita a Rouffignac, a donde había acudido con motivo de la presentación del libro de Jean M. Auel, *Los refugios de piedra*, ante la expectativa de kilómetros de galerías subterráneas y el consiguiente riesgo de un ataque claustrofóbico, prefiere renunciar a los mamuts pintados y quedarse en la terraza bebiendo *pastís* al sol y leyendo la historia de *Yarkov*, el mamut congelado en Siberia.

No sé de nadie —seguro que ni él mismo se ve así— que considere a Jacinto Antón un cultivador del periodismo científico. Con seguridad no hay helenista que supere, pongamos por caso, sus espléndidas entrevistas sobre Alejandro Magno a Robert Lane Fox y Valerio Manfredi. Tan cierto como que es un auténtico lujo para los lectores tenerlo en la redacción de *El País*. Pero lo suyo no es la comunicación científica sino la creación literaria. Para suerte nuestra, es un amante de la arqueología y como ocurre que en dicho periódico las páginas dedicadas a la divulgación científica son ocupadas exclusivamente por temas relacionados con el medio ambiente, el agujero del ozono y el cambio climático, la salud y la biomedicina —únicamente la hominización y los neanderthales se han abierto paso entre las disciplinas científicas de verdad y socialmente útiles— pues ya tenemos planteado el conflicto: la arqueología aparece en la sección de cultura donde debe competir con el Oscar de Penélope Cruz y a la vez ser capaz de estimular el talento creativo de Jacinto Antón para merecer ser noticia y ganarse un espacio. Cuando se consigue ¡bingo! la amenidad y la calidad literaria están garantizadas pero, claro, depende de eso y además resulta inevitable una deriva hacia determinado tipo de temas y enfoque: casi siempre tiene que haber momias polvorientas, cabezas cortadas, falsificaciones o cuchilladas entre arqueólogos, morbo, fraude o sangre. No me escandalizo. Interesar y entretener son ingredientes indispensables en la buena comunicación. Más bien creo que la historia no es verdad cuando resulta aburrida, porque una buena historia siempre es interesante, y hasta divertida, bien explicada. Los aburridos somos nosotros, no la arqueología ni la historia. En cualquier caso, si hablamos de comunicación científica, algo no va bien cuando los objetivos primordiales son la creación literaria y el jolgorio del personal.

Puesto que ya ocurre que cuando Jacinto es menos divertido es cuando escribe sobre arqueología, no

voy a pretender obligarle, por poner un ejemplo, a asistir a debates sobre el Pla Integral d'Arqueologia de Catalunya (PIACAT) ni condenarle —y menos aún a sus lectores— a aburrirse con informaciones repetitivas o ininteligibles de doctos arqueólogos pelmazos, emperrados siempre en que su descubrimiento es único y el más antiguo. Seguro que comunica más y mejor la elefanta Susi del Zoo de Barcelona, a quien dedicó la crónica de *El País* del pasado 14 de febrero, que la mayoría de los arqueólogos. Los investigadores estamos cada vez más convencidos de que la comunicación científica es un valor añadido, pero raramente nos interesamos lo suficiente porque no promociona y sólo muy excepcionalmente comunicamos bien. La cuestión es otra y la culpa no es suya: qué lugar ocupa la arqueología en los medios de comunicación, en manos de quién está y qué hacen o deberían hacer los organismos responsables. La presencia de excelentes profesionales de la divulgación científica como Enric Calpena o Josep Corbella, de iniciativas como el *Observatorio de la Comunicación* de la UPF (Agustín de Semir) o *CosmoCaixa* (Jorge Wagensberg), la revista *Sapiens* (Jordi Creus) o las tímidas actuaciones institucionales como la *Setmana de la Ciència* o la publicación del manual *Breus orientacions a la comunicació científica* (Departament d'Universitat, Recerca i Societat de la Informació, Direcció General de Recerca, Barcelona 2005) no son suficientes. La verdad es que el periodismo científico especializado es casi inexistente entre nosotros y ningún periódico tiene un suplemento o páginas regularmente dedicadas a la divulgación científica. La arqueología como la historia se vende en los quioscos más que nunca, pero paradójicamente aparece en los medios de comunicación más a menudo asociada a mensajes negativos (conflictos con promotores, pérdida de patrimonio, comercio ilegal de antigüedades, conflictos laborales...).

Algunas recetas para remediar esta situación parecen evidentes y ayudarían a sentar las bases de una política comunicativa por parte de la administración implicada; habría que coordinar la actuación de las direcciones generales de Recerca y del Patrimonio Cultural —¡eso es nada!— y comprometer a todas las instituciones competentes, la Administración y los entes locales, las universidades, los institutos de investigación, los museos, las empresas de arqueología y las asociaciones de amigos del patrimonio. En una dirección, como la calidad de la comunicación se mide en el punto de recepción, a medio y largo plazo, la buena profesionalización es la clave; por ello, se deberían promover acuerdos y convenios para incluir los contenidos formativos y los perfiles profesionales correspondientes a la interpretación del patrimonio y al periodismo y el documentalismo científico en los títulos de grado y másters impartidos por facultades con estudios de humanidades, periodismo y comunicación audiovisual. En la otra, desde ya, deberían abrirse líneas de subvención a la divulgación, exigir en los proyectos arqueológicos las acciones comunicativas previstas y aceptar entre los conceptos de gasto en las excavaciones subvencionadas las actividades de difusión. Tampoco hay que olvidar que el reciclaje de arqueólogos en divulgadores e

intérpretes del patrimonio puede dar —y de hecho da— buenos resultados, pues tiene el valor añadido de las vivencias, la experiencia personal y el conocimiento de la investigación y sus procedimientos.

Mientras tanto, colegas, os recomiendo que expliquéis vuestras historias al bueno de Jacinto Antón y os deseo suerte. La primera vez que escribió sobre la fortaleza ibérica de Arbeca, su artículo empezaba: "Roma no era más que un villorrio. Cartago despuntaba apenas como una floreciente colonia fenicia. Grecia salía de la edad oscura en que la había sumido la invasión doria. Faltaba un siglo para la fundación de Empúries. Mientras..." (*El País*, 02-10-94). Aún levitamos.

Emili Junyent

Universitat de Lleida  
ejunyent@historia.udl.cat

Lorrio, Alberto L. *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*. Real Academia de la Historia-Universidad de Alicante. Bibliotheca Archaeologica Hispana 27-Anejo a *Lucentum*, 17. Madrid 2008. 598 pàgs. ISBN: 978-84-96849-41-9.

Els treballs que L. i E. Siret portaren a terme a les necròpolis del sud-est i els materials que s'hi recuperaren han tingut un lloc destacat durant tots aquests anys en el panorama bibliogràfic espanyol referit a la protohistòria de l'àrea i, més particularment, en tot allò referent a l'adopció del ritual incinerador i a la penetració dels camps d'urnes cap al sud. Tanmateix, ha calgut esperar un segle per a poder consultar una obra, la que aquí ressenyem, que presenti de forma completa i ben documentada el registre material recuperat durant els treballs esmentats.

El nucli fort del treball d'A. L. Lorrio està representat pel reexamen exhaustiu d'aquestes evidències: d'una banda, a través de la revisió de la documentació dels germans Siret ja publicada, de la inèdita de L. Siret i del Diari d'Excavació, també inèdit, del sobrestant dels Siret, Pedro Flores; de l'altra, mitjançant una minuciosa tasca de localització i identificació de les restes conservades d'aquestes àrees funeràries.<sup>1</sup> Aquesta tasca ha donat lloc a un detallat catàleg dels 64 sepulcres identificats, cosa que ja és per si mateixa molt rellevant; això no obstant, l'obra no es limita a aquest repertori sinó que l'autor realitza un detallat estudi de l'evidència material, així com de la resta de dades provinents de l'àrea entre els segles x i vii ane, de forma que el conjunt justifica de sobres el subtítol de l'obra: *El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*.

L'obra té dues parts. La primera és la constituïda pels capítols dedicats a la dilatada història de les

1. Algunes no han estat localitzades, tot i que, almenys part d'elles (Campos i Parazuelos), sembla que haurien d'estar als Musées Royaux d'Art et d'Histoire de Brussel·les; totes les estudiades —afortunadament la major part de les que s'exhumaren en el moment de les excavacions— estan dipositades al Museo Arqueológico Nacional de Madrid.